

ahogado en la lógica de su estúpido amor.

De pronto cruzó una idea por su mente.

—¡Tortura insensata!...

Olvidó todos los demás pensamientos :  
«¡Thévenin!» Pensó en aquel hombre á quien  
debía tanto..., y bajando la cabeza se decía:

—¡Me perdonará!...

## XVI.

Comunicaron á Roberto que le iban á trasladar de Montravel. Se preparó para el caso, y esperó tranquilo. El tío Germán había logrado el favor de que no le condujeran á pie, según costumbre. Un carruaje esperaba á la puerta de la prisión. Rodeaba al coche una multitud curiosa, que ansiaba no perder ni el menor detalle de la salida del reo. Esta multitud abrió paso para que Roberto subiera al carruaje; pasó por medio de ella sin inmutarse ni fijar la atención en el grupo que la formaba. Gran parte de ésta le compadecía, y otra parte le condenaba. Se dejó caer como abrumado en un rincón del coche. Los gendarmes se sentaron á su lado. El carruaje echó á andar, y Roberto miró maquinalmente el camino que seguían.

Nunca le había parecido Montravel tan encantador como ahora. Por el trayecto fué admirando aquellas negras murallas, con las insignias y escudos de armas casi deshechos. Aquellas calles llenas de hierba, y en algunos sitios de musgo, parecían hablarle y recordarle algo de sus buenos tiempos. Se imaginaba aún en su infancia, en medio de aquellos recuerdos que no habían cambiado en nada, y, sin embargo, ¡qué cambio tan grande había sufrido él!... El carruaje producía gran ruido sobre el pavimento desigual y por las muchas piedras sueltas que se encontraban en el camino, y que conmovían hasta los cristales del coche. De cuando en cuando veía abrirse alguna ventana, y asomar por ella jóvenes picadas por la curiosidad del ruido del carruaje. Roberto se encontró más consolado y tranquilo al respirar el aire del campo, aunque el panorama que se presentaba á su vista entristecía su corazón. Á su lado, los gendarmes, cansados, dormitaban, de modo que Roberto estaba en libertad de soñar, pensar y llorar, si las lágrimas hubieran podido venir á sus ojos. El campo estaba admirable, los árboles se mecían suavemente con la brisa matinal. Los gorriones picaban alegremente el trigo. Al través de los vapores de la mañana, se veía claramente el humo de las casas de campo, for-

mando un todo compacto con la atmósfera. Con todo esto sentía el pobre prisionero algo de alegría y de tranquilidad; en una palabra: encontraba la cruel antítesis de lo que le abrumaba. Todo aquel reposo, toda aquella tranquilidad y toda aquella alegría, eran otros tantos reproches y amenazas para él. ¡Qué tranquilidad, qué calma! ¡Se puede muy bien ser feliz sobre la tierra!

Llegaron á Périgord; le encerraron en la cárcel, y le incomunicaron hasta que comenzó la declaración. Confesó de lleno, y se mostraron menos severos con él. Tenía prisa de contarle todo, sin explicar nada; su vehemente deseo era concluir pronto con su miserable vida.

La instrucción no podía ser larga. Roberto fué llevado á la vista pública de su causa. La sala del tribunal se llenó de gente. La concurrencia era mayor, porque el nombre de Roberto había llegado casi á hacerse célebre. Esto había dado ocasión y pretexto para recriminar á los liberales de aquel tiempo.

—¿De qué sirven sus teorías? (decían á los amigos de Roberto.) ¡Ved para lo que sirve uno de vuestros apóstoles!

Cuando se abrió la audiencia, el tío Germán, el pobre tío, envejecido, consumido y con el pelo completamente blanco, se presentó para sentarse al lado de Roberto. Hubo un mo-

mento de emoción y de curiosidad en el auditorio cuando el anciano apareció. De todas partes se dirigían los gemelos sobre el acusado. Nunca había sido simpática la fisonomía de Roberto; pero el dolor, el sufrimiento y la desgracia habían dado á aquella pálida figura el aspecto de un mártir. Su barba había crecido, y su cabello, largo y descompuesto, ocultaba toda su frente. Sus ojos, aunque abatidos, brillaban por la fuerza de la calentura. Su frente parecía de marfil. La concurrencia estaba satisfecha de aquella fisonomía. Roberto estaba tranquilo, y, de cuando en cuando, asomaba á sus labios una desdeñosa sonrisa. Erguido en el banquillo del reo, permanecía inmóvil y frío, y sin mirar á nadie. Oía á los testigos sin desplegar los labios, y respondía por monosílabos, pero con claridad y viveza, á las preguntas, y como si tuviera prisa por despachar. Algunas veces fijaba sus ojos sin pestañear en los vestidos llenos de sangre de René, que estaban sobre la mesa del tribunal, como cuerpo del delito. No veía nada, no escuchaba á nadie, y parecía atontado por el ruido de aquella multitud, que le examinaba con avidez, observando hasta sus más insignificantes movimientos.

Estaba impasible, decidido á morir. Era demasiado orgulloso para pretender clemencia

de un jurado que no comprendía su sacrificio, y se impacientaba al ver la lentitud con que seguían el proceso. Estaba enfermo: creía algunas veces que su pecho iba á estallar con los latidos de su corazón. No dormía, y repetía muy á menudo:

— ¡Ah! ¡Con qué lentitud condenan á uno!

No sentía emoción, ni le conmovía otra cosa que el recuerdo de su tío Germán. Algunas palabras entrecortadas, sonrisas llenas de lágrimas, y tristes apretones de manos, se cruzaban entre ambos, comprendiéndose aquellos dos corazones. El tío sabía adónde iba á parar su sobrino, que no pretendía ni esperaba el perdón; pero el tío Germán no se separaba de su lado, para protestar, si necesario fuera, y acreditar la honradez de Roberto, á pesar del acceso de locura que le había llevado á la situación en que se encontraba.

Roberto no había elegido abogado: ¿para qué? Esto disgustaba á la concurrencia. ¿Qué propósito guiaba á este criminal para privar á los parisienses de oír una defensa hecha por una eminencia del foro, como requería el caso? Ni él mismo quiso defenderse. El jurado, después de una corta deliberación, le condenó á muerte, sin ninguna circunstancia atenuante. Le volvieron á su prisión: el tío Germán obtuvo su última mirada y sonrisa.

Cuando Roberto se encontró frente á frente con su crimen, parecía más tranquilo; la lucha con los jueces, la miserable defensa de una vida á que él no tenía el menor apego, le consumía lentamente, le humillaba. No tenía más que una idea, que era la siguiente: «He matado; mi solución será la muerte. ¡Que la venganza de René se cumpla!» No quiso firmar la apelación.

—No (dijo). ¡Me han juzgado muy bien! Estas palabras las pronunció sin fanfarronería, sin tratar de engrandecerse, sino resignado y convencido. El día que siguió á la condena le pareció que duraba un siglo: ¡tantos pensamientos acudían en tropel á su mente! ¡Condenado á muerte! ¡Qué antítesis tan siniestra á la vida que él había soñado, de amor, de sabiduría, de trabajo científico en bien de la humanidad! Dudaba algunas veces, y se preguntaba á sí mismo qué había de cierto en todo esto. Si había nacido para el patíbulo, ¿para qué nacer? Se acordaba de que cuando niño, bañándose un día, perdió tierra, y la corriente, pasando por encima de él, le arrolló de tal manera, que estuvo á punto de perder la vida; pero personas que le vieron agitarse y chillar, corrieron en su auxilio y le sacaron á tierra casi ahogado. ¿Para qué arrancarme de los brazos de la muerte? ¡Cuántos

sufrimientos me hubiera ahorrado, y qué crimen tan horroroso hubiera dejado de perpetrar si no me hubieran auxiliado aquel día! Cuando se preocupaba mucho con estos pensamientos, aparecía ante su vista una visión extraña y casi fantástica, que se componía de una negra cárcel, de una numerosa muchedumbre, de ruido y grandes murmullos. Por encima de aquella multitud se veían resplandecer los sables y cascos del piquete que le aguardaba, y dominando todo esto, se elevaba una máquina delgada y severa como la parca, ávida de la sangre de un hombre que, lívido y sostenido por los verdugos, subía lentamente á la guillotina. Roberto veía y oía á su alrededor, en los grupos allí formados, exclamaciones, gritos de odio y de simpatía, y estas preguntas:

—¿Cómo se llama?

—¡Ya lo sabes; es el que mató á su querida!

—¿La mató él?

—¡Sí!

En esta especie de fantástica visión, en que le parecía realidad todo lo que pasaba en su imaginación, se paseaba por entre los grupos como lo había hecho algún tiempo antes, en aquella terrible noche en que la desesperación y la locura se habían apoderado de él,

conduciéndole, sin saberlo, á la plaza de la Roquette, ante un patíbulo rodeado de inmensa muchedumbre. Se le representaban los rostros de todas aquellas gentes como si los estuviera viendo; oía perorar al hombre de la corbata blanca; sentía el ruido que hacía la gente, los soldados, los verdugos y los ayudantes de éstos al rodear á la víctima; pero, en lugar del joven condenado, era á Roberto Burat á quien veía subir al patíbulo. Retrocedió, palideciendo y estremeciéndose. Después, desechando este fantasmagórico ensueño, se decía: «Sólo que yo no temblaré».

Trataron de obtener su firma para una petición de indulto, y se negó. El tío Germán fué á verle; se lo rogó en nombre de Enriqueta.

—¡Sea! (dijo.) Firmaré.

Después reflexionó, y se negó á ello. El tío Germán movió la cabeza tristemente, y le dijo:

—¡Á pesar de eso, no desconfío de salvarte!

—¿Para qué salvarme?—contestó Roberto.

El relevo de los centinelas pasó por delante de la puerta que estaba abierta, y el tío Germán retrocedió un poco hacia Roberto.

—Escucha (le dijo con débil voz: estaba pálido, y todo su cuerpo temblaba). Si nos niegan la gracia de indulto que he pedido, te mandaré un libro...., una Biblia, ¿lo entiendes?

—Sí,—dijo Roberto.

El tío Germán añadió con voz casi desfallecida:

—En la encuadernación, detrás del libro, encontrarás un veneno.

Se sujetó el pecho con ambas manos, y cayó, casi ahogado por el dolor, sobre una silla. Gruesas lágrimas caían de sus ojos enrojecidos, corriendo por sus mejillas.

Roberto le miraba enternecido.

—No (le dijo); no quiero el suicidio. Es mi sangre la que debe lavar mi crimen; sí, mi sangre, vertida delante de todo el mundo. ¿Y es el patíbulo el que os espanta?

—Sí, el patíbulo,—dijo el anciano.

—¡Ah! (exclamó Roberto.) Yo, que había jurado ayudar al verdugo para que la ejecución fuera más pronta, ¿voy á aceptar el que se me ayude á morir? Lo que hace perdonar un crimen á la vista de todo el mundo y hasta la del criminal mismo, es el castigo correspondiente. Aun cuando mis huesos estén pudriéndose en un inmundo calabozo, habrá siempre alguien que diga que vivo aún, mientras que ella está en la eternidad. Pero cuando yo haya expiado mi crimen con mi vida, seré perdonado por todos. Además, ¿creéis que tengo deseos de conservar una vida tan llena de sinsabores? En cuanto al suicidio, no tienen de-

recho á él más que los que se pertenecen á sí mismos, los que son dueños de su existencia: yo pertenezco á la justicia; debo la mía al verdugo.

—¡Es verdad! (dijo el tío, moviendo tristemente la cabeza.) Pero, á pesar de tu oposición, obtendré tu indulto.

Le habían quitado á Roberto la camisa de fuerza (que le pusieron el primer día), por favor especial. Salió á pasearse por el patio entre los soldados y los otros presos, que asomaban la cabeza por entre las rejas y se sonreían irónicamente. Roberto pidió que le condujeran á su prisión: quería estar solo. Tenía un libro que leía á ratos, distrayéndose con él en la mano y quedándose absorto en sus pensamientos. Aquel libro era admirable; contenía poemas, y muchas tragedias y dramas de sangre, lágrimas, sonrisas de amistad profunda y amor puro con fines siniestros. ¡Cuántas cosas debían encerrar aquellas novelas! Gozaba en mortificarse con dolorosos recuerdos. ¡Es el último consuelo que les resta á los que están próximos á morir! Muchas veces se decía, después de grandes reflexiones: si se pudieran deshacer las cosas, desharía todo mi pasado. Una mañana el calabocero abrió la puerta y le comunicó que un caballero que traía permiso del Juez, venía á visitarle, y que

le había hecho esperar hasta obtener su consentimiento para que pasase.

—¿Cómo se llama?

—¡Thévenin!

Roberto pronunció un «que pase» terrible, y cayó casi sin sentido sobre su cama. Un momento después, Thévenin entró directamente hasta la cama de Roberto, y le llamó. El joven se estremeció, levantó la cabeza, y dejó escapar un grito aterrador. Al verlo tan pálido y tan delgado, Thévenin se conmovió. Los largos cabellos de Roberto caían en mechones sobre su frente; sus ojos parecían mayores por su extrema delgadez.

—¡Querido amigo mío!—dijo Thévenin con profundo acento de dolor.

Roberto no respondió, pero copiosas lágrimas corrían por sus mejillas. Dió las gracias á Thévenin con una sonrisa que asustó á éste, y en seguida le preguntó:

—¿Sois vos? ¡Oh, vos aquí!...

—Había jurado no volveros á ver hasta que tuvierais necesidad de un consejo ó de un apoyo: hubiera preferido no tener necesidad de veros.

—¡Me había perdonado!—pensó Roberto para sí.

Thévenin estaba de pie delante de Roberto, que permanecía sentado sobre su cama. El

calabocero, apoyado en el quicio de la puerta, fumaba tranquilamente su pipa y se examinaba sus pies, sin parar mientes en los de dentro. Podían estar á sus anchas y recordar el pasado. Cada uno, á su vez, refirió episodios de otros tiempos; sueños que se desvanecieron, pensamientos que no se realizaron é importantes trabajos que no habían podido acabar. Pero, ¡cosa extraña!; el más triste, el más agobiado y á quien era preciso animar para sostener su decaído ánimo, no era á Roberto, era á Thévenin. Aquella amistad de hermano, ó, mejor dicho, aquella afección paternal que sentía por Roberto, no estaba extinguida. Le llevó un día á su casa como un tesoro, y desde entonces seguía desde lejos los sucesos y progresos de aquel que había sido su discípulo. Se enorgullecía repitiendo que aquella joven gloria era su obra, su propia obra. Había perdonado y olvidado todos sus agravios, porque le quería mucho.

—Mi pobre Roberto (decía Thévenin): la Providencia es injusta algunas veces. Es preciso reflexionar que el que ha sufrido aquí más cruelmente y por la misma persona, no soy yo, sino vos. ¡Cómo juega la suerte con los hombres, presentándoles ocultas malezas en su camino, y haciéndoles caer sin poder reflexionar! Cuando encontrasteis, no sé dónde

de, á esa mujer en vuestro camino, ¿quién os hubiera dicho lo que escondía ese podrido corazón, bajo su capa de ángel?

—No me considero el más desgraciado (dijo Roberto), porque, al fin y al cabo, pronto acabará para mí esta miserable vida.

—No habléis así (dijo Thévenin), porque acaso sea permutada vuestra pena por la inmediata.

—No he querido apelar.

—Á pesar de eso, el Rey os indultará,— dijo Thévenin.

—Me he negado á firmar la solicitud: quiero morir. Escuchadme, y me comprenderéis. Si hay alguna razón que exponer contra el dogma de la inviolabilidad de la vida humana, es ésta; y es que cuando rueda la cabeza de un asesino, todos los que lo presencian, y aun los que no, le perdonan. Su cuenta está saldada, y no debe ya nada á nadie. Por eso quiero morir.

Su voz era tranquila; Thévenin adivinó en ella una resolución inquebrantable.

—¡Mi cabeza rodará!—añadió Roberto.

Thévenin se estremeció, y fijó su vista en ella. Roberto estaba pálido, pero parecía sonreír. El guardián había vuelto involuntariamente la cabeza, y fijado su mirada en el preso.

—Comprendo (dijo Roberto) la pena del Talión. Os agradezco vuestra visita, Thévenin; pensaba en vos. Os quiero bien, amigo mío, y si he sido culpable, ahora pago todos mis crímenes juntos. Tenfais el derecho de maldecirme, y me habéis absuelto. Mi argumento está probado.

—¡Morir!—repitió Thévenin.

—Sí, morir (dijo Roberto); pero morir es vivir en los corazones amados; por ejemplo, en el vuestro, ¿no es verdad?, y considerar que aun tendrá uno defensores después de su muerte. Cuando todo haya terminado, Thévenin, podréis decir con franqueza lo que el asesino había amado, esperado, y todo lo que trabajaba en favor de la humanidad en esta vida de sufrimientos y desengaños. ¡Ah, amigo mío; qué bien me habéis hecho con venir á verme!

—¿Pero no soy yo quien os mata?

—¿Vos? ¡Ay! ¡Todo lo que me rodea me ha hecho fatalista!... El hijo después del padre; muerte violenta sobre muerte violenta... Había ya sangre cuando yo nací sobre el nombre de Burat. Yo he nacido para dar lugar á una tragedia. Esta miserable existencia ha sufrido tan fuertes sacudidas, que no sé cómo no me he vuelto loco; pero mi razón ha sido demasiado sólida; no ha querido abandonarme.

—Roberto (dijo Thévenin): la fiebre os hace desvariar. No hablemos más; os aseguré con todo mi corazón que os compadezco. No me cansaré de decir, y lo probaré, cuán alta habéis llevado vuestra joven frente antes de que vuestro pie hubiera resbalado en la sangre. ¿Para qué estaría yo aquí, sino para firmar con mi nombre esta absolución que la opinión os concede, y para ser vuestro padrino en este duelo? Nadie tenía tanta obligación de permanecer callado en este asunto como yo: yo fui su marido, y soy vuestro amigo.

Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, Roberto respiró, se levantó, y con voz entrecortada, le dijo:

—Ya lo veis: debo morir.

Y, tambaleándose, cayó sobre su cama, sonriendo sardónicamente.

—No os asustéis; no es nada: es la alegría. ¡Hacía mucho tiempo que no sabía lo que era alegría!

—Hay que dejar al condenado solo: está fatigado,—dijo el calabocero.

—Adiós, Roberto (dijo Thévenin, abrazándole): hasta más ver.

—¡Sí, hasta la eternidad!

Cuando la puerta se cerró, Thévenin dejó correr abundantes lágrimas.

Una mañana se vió en la Panouze al tío

Germán meter sus secas piernas en unas altas botas de montar, encaramarse en su caballo, y marchar lentamente hacia Pezuls, por donde pasaba la diligencia de Périgueud. Enriqueta le había acompañado desde la puerta del patio hasta la entrada del bosque, y recostada sobre la tapia, veía alejarse al anciano por aquel sombrío camino. Era en otoño, y las hojas caídas de los árboles producían un ruido extraño bajo los pies del caballo. El tío Germán marchó sin decir nada, pero volvía la cara algunas veces para ver a Enriqueta, que, pálida como la muerte y vestida de negro, gemía en silencio y exhalaba de cuando en cuando suspiros de dolor.

El tío Germán iba a París; quería solicitar el indulto para su sobrino, y á este efecto llevaba la idea de presentarse al rey, rogarle, suplicarle, hasta conseguirlo. Iba en la confianza de que un rey caritativo no se negaría al ver las lágrimas de un anciano como él. Al pasar por el sitio en que Roberto había cometido el homicidio, dió un rodeo, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas, cayendo sobre sus secas manos. En Pezuls, el posadero llevó el caballo á la cuadra, y preguntó á Germán si necesitaba algo. Hablando con él, hizo recaer la conversación sobre el asesinato....



—¡Ah, señor mío! (dijo.) ¡Qué desgracia! ¡Me parece ver aún al señor Roberto aquí, con aquellos ojos tan brillantes, que parecían dos carbunclos!...

—Bien (dijo el anciano); en ese caso, no olvidéis el hecho: debe servir de lección para todo el mundo.

Fué preciso ayudarle á subir al coche; sus piernas se doblaban. Al llegar á París recobró la energía de su juventud, se multiplicaba; llamaba á todas las puertas que era necesario, escribía, pedía audiencia, sin desalentarse, pero sin precipitarse, con la energía que da una idea fija. Creía de buena fe que salvaría á Roberto.

Un día el ministro de Justicia le concedió una audiencia, y teniendo que esperar una hora, antes de entrar se fué á un café, cogió maquinalmente un periódico, y lo primero que vió fué el nombre de Roberto escrito en él; se inclinó convulsivamente, y lo leyó con avidez. Tal emoción le causó aquel escrito, que rompió á llorar. Necesitaba enjugarse los ojos á cada instante para continuar su lectura; no leía ni comprendía lo que tenía delante. El artículo era una biografía realzando la bondad de Roberto, y una protesta muda, ó sea un llamamiento para mover la opinión en su provecho. Estaba escrito con mucha veracidad y maes-

tría, sin olvidar ni una sola de las circunstancias que podían atenuar su delito: como la cólera, la locura, y haciendo resaltar la vida de lucha, de laboriosidad sin descanso que había practicado en bien de la humanidad, y que una hora de insensata locura borraba todo aquel pasado, y hasta los pensamientos dignos del presente después de aquella fatal hora. El artículo estaba firmado: *Pedro Thévenin*.

El tío Germán cogió el periódico, y se presentó con él al ministro; le leyó el artículo, y jamás persona alguna estuvo más elocuente, más oportuna y más suplicante que aquel venerable anciano. El ministro contestó con palabras tan consoladoras, que el tío Germán confió en que el indulto era cosa hecha. Al salir de allí, fué á la redacción del periódico, y encontrando á Thévenin, le dijo con paternal acento:

—¡Caballero! Me llamo Germán Burat.

Thévenin le alargó la mano. El agradecimiento de Germán Burat á los favores de Thévenin era infinito.

—Le salvaremos,—dijo el periodista.

—¿Lo creéis así?

Una expresión de alegría iluminó el rostro del anciano.

—Vengo ahora de hablar al ministro, y me ha dado esperanzas.

—¡Pobre joven!.... (dijo Thévenin.) Ha sido él quien ha pagado por mí.

—¿Por vos?....

—¿No sabéis quién soy?

—No.

—Me llamo Pedro Thévenin. René era mi mujer.

—¡Thévenin!....

—Sí....

—¡Ah, Dios mío! (dijo Germán, sin comprender una palabra.) ¿Y le defendéis?

—¿Quién podía hacerlo mejor que yo? Después de todo, soy su amigo. Mi nombre tiene un gran peso en la balanza en que se pesa su vida. Que digan lo que quieran, estaré á su lado combatiendo en su favor y protestando contra ella.

—¡Ah, si le salvamos! (dijo el tío Germán, con la sublime sencillez de los que desean que todos participen de su dicha.) Si le salvamos, ¿me concederéis la gracia de venir conmigo á presentaros á Enriqueta?

Roberto ignoraba todos estos trabajos en su favor. Él no quería pedir ni obtener nada. Contaba los días, admirado de que le dejaran allí tanto tiempo. Todas las noches, al acostarse, decía: «¡Mañana habrá llegado mi hora».

Un día entró un sacerdote á su calabozo.

—¡El momento ha llegado!— pensó Roberto.

El padre de almas le visitaba tan sólo para tratar de conseguir su conversión. Roberto le escuchó sonriendo dulcemente, y le contestó:

—Yo creo en todo. Lo que me ha sostenido en esta vida de miseria, es la fe. La esperanza no me ha faltado nunca, ni aun en el trance fatal por que atravieso. Os doy las gracias por vuestro apoyo; pero no lo necesito. Sabré ir solo.

El padre de almas se retiró.

Roberto empezaba á desesperarse al ver pasar tanto tiempo sin que ejecutaran su sentencia.—«¡Vivir!.... ¡La vida me sería insoporable ahora! ¡Vivir sin respirar el aire libre, sin movimiento, sin esperanza, sin cariño! ¡Sin poder contemplar el horizonte ni meditar bajo el azulado cielo, y sin recibir directamente los benéficos rayos del sol! ¡Separado de todos y de todo por fuertes murallas, consumiéndome en horribles divagaciones y ensueños!.... ¡Ah! ¡Imposible! ¡No podría soportar semejante vida! ¡Perdiendo á Enriqueta, alejado de Thévenin, y el tío Germán á las puertas de la muerte!.... ¡Vivir con una sombra ensangrentada ante mi vista, ó viendo fisonomías tristes y llorosas!....» Empezaba á temer ahora que la parca no llegara á cortar el hilo

de su vida para concluir con todas estas penalidades que le agobiaban. La calentura le consumía cada vez más. Sufría mucho. Los fuertes latidos de su corazón le despertaban á media noche, y se recogía dentro de sí, como para escuchar. Oía un ruido de pasos.... Era el centinela que vigilaba su puerta; pero en toda la noche, ningún golpe de martillo, ningún ruido de esos que anuncian el levantamiento de un cadalso: ni el murmullo de la gente que se impacienta en esos casos porque llegue el momento de realizar el sacrificio de la víctima, llegaba á sus oídos.

¿Si irían á perdonarle la vida? No. Una noche se acostó más tranquilo, con el presentimiento y casi la seguridad de que su ejecución sería al día siguiente. Deseaba aquel momento, y se estremecía á la par, sintiendo sobre su desnudo cuello un frío terrible, pensando en Enriqueta y en las personas más queridas para él. Impaciente por ver llegar la hora, interrogaba al cielo, ansiando que amaneciera. Al despertar por la mañana, dió un grito, y se levantó precipitadamente. Alguien abría la puerta de su prisión. Oyó ruido de armas que descansaban sobre las piedras del corredor. Se vistió con ligereza, y permaneció en pie. En tanto, el Procurador general y el Fiscal entraron, seguidos del Director de la cárcel.

Roberto, palideciendo más de lo que estaba, pero tranquilo, les miró, escudriñando sus fisonomías, para adivinar por ellas el propósito que allí les llevaba.

El Procurador general se puso las gafas, desdobló un papel timbrado, y leyó con rapidez algunas frases, cuyo sentido se escapó á Roberto.

Éste escuchaba, cruzado de brazos, apoyado contra la pared, disimulando sus emociones, y con el pensamiento fijo en estas palabras: «¡Acabemos, acabemos!»

De pronto, una de las palabras del Procurador general vino á herir claramente sus oídos: la palabra *perdón*.

—¿Qué perdón es ese?—preguntó bruscamente.

Le vieron enrojecer, adelantar y tender las manos.

—El Rey os ha indultado (dijo el Procurador). La pena de muerte ha sido conmutada por la de cadena perpetua y trabajos forzados.

El Procurador había bajado las gafas, é inspeccionaba á Roberto por encima de los cristales de éstas.

Roberto estaba pálido, mejor dicho, lívido; se tambaleaba, miraba á su alrededor, sin comprender lo que sucedía. Su mirada estaba fija.

Pronunció algunas palabras ininteligibles y como maquinalmente. De pronto se echó hacia atrás en un brusco movimiento, y se llevó las dos manos al corazón, que parecía extinguirse por momentos.

—¡Indultado! (dijo.) ¡Cadena perpetua!.... ¡Trabajos forzados!.... ¡Oh, qué perdón!....

Su voz desfallecía por completo, pronunciando por lo bajo la palabra «cadena perpetua» con un horror y un terror increíbles.

—¡Trabajos forzados y cadena perpetua!— repitió de nuevo; y apretó su pecho con las manos, que se hinchaba como si le hubieran soplado.

Se le vió volver á caer tan largo como era sobre su cama, y enrojecido por completo.

El Fiscal se precipitó sobre él.

Roberto no respiraba ya.

—¡Un médico! ¡El médico!—gritó el Director á un guardia, que se había precipitado por los corredores en busca de él.

El médico llegó; pero ya era tarde. Declaró que el condenado había muerto por una hipertrofia; por la rotura de una aneurisma, «aneurisma activa», añadió, para probar que conocía á Corvissart.

El tío Germán y Pedro Thévenin, que llegaron juntos por la tarde para ver á Roberto después del indulto, se decían:

—Está libre de la pena de muerte; y quizá más adelante libre del todo.

Diciendo esto, se encontraron frente á frente con su cadáver.

—¡Dios mío (exclamó Thévenin); esos son los sufrimientos de un mártir!

El tío se quedó aterrado, sin poder decir más que «¡Ah, Dios mío, Dios mío!»; y cayó desvanecido en brazos de Thévenin. Cuando volvió en sí reclamó el cadáver al Director de la cárcel. Quería obtener esta última gracia.

Roberto estaba tendido sobre la cama con los brazos cruzados, el rostro enrojecido.

—¿No es verdad (dijo Germán á Thévenin) que parece estar durmiendo?... Después de todo, Dios le ha hecho mil favores.... Pero ¡ay, pobres de nosotros! ¡Aquella pobre Enriqueta!.... ¡Ah! ¡Qué injusticia!.... ¡No, no hay Dios! ¡Si lo hay, yo le pregunto qué le ha hecho esa criatura para que la trate con tanta crueldad! ¡Yo que veía ya jugando á los pequeñuelos allá en los prados de la Panouze! ¡Ah, esto es horroroso! ¡No podéis comprender lo que yo he sufrido! ¡Sobrevivir á la desgracia de una familia entera, y ver desaparecer á sus individuos uno tras de otro, significa haber pasado grandes sufrimientos y tener no poca resignación!

—Vámonos,—dijo Thévenin, que quería arrancar de allí al anciano.

Ya era de noche cuando se pusieron en camino para la Panouze. Habían alquilado un coche, y colocado el cuerpo de Roberto envuelto en mantas en medio de él. Á los lados iban Thévenin y el tío, guardando un silencio sepulcral. El cochero, sobre su asiento, tarareaba una canción. Thévenin le había suplicado ya una vez que callase.

—¿Por qué he de callar? (le contestó.) No hay miedo que lo despierte.

Antes de llegar á la Panouze, el tío Germán quiso que prepararan á Enriqueta.

—Una impresión brusca podría hacerla mucho daño.

Thévenin se ofreció á ir. Se bajó del coche, se hizo acompañar de un joven aldeano, y se dirigió á la Panouze por sombríos senderos.

Se veía luz en una de las ventanas de la casa.

—Es la señorita, que no se ha acostado aún (dijo el aldeano). Yo soy de la casa.

Llamó violentamente á la puerta, que abrió una criada.

Thévenin se adelantó.

—Vengo de parte del señor Germán Burat (dijo); y quisiera hablar á la señorita Enriqueta.

—Aquí estoy,—dijo una voz clara.

Enriqueta se presentó con una luz en la mano, que, dando de lleno en su rostro, dejaba ver una fisonomía pálida y enjuta, y una mirada inquieta.

Thévenin saludó, y la siguió á la sala principal. Enriqueta permaneció de pie, indicando á Thévenin con la mano el sillón del tío German. Éste se sentía desfallecer bajo la mirada de aquella niña, cuyo corazón iba á destrozarse con la noticia que traía.

—Os traigo noticias de Roberto,—dijo con lentitud y con mucha pena, pues estaba casi ahogado por el dolor.

—¡Y bien!—dijo Enriqueta.

Toda su alma y su ser lo reconcentró en aquellas palabras.

—¡Roberto ha dejado de sufrir!....

—¿Ha muerto?....

Se dejó caer yerta y fría sobre una silla, con los brazos colgando é inanimados.

—Ha muerto de enfermedad (añadió rápidamente Thévenin). Un aneurisma ha sido la causa de su muerte. Estaba condenado por ese aneurisma hacía mucho tiempo.

—¡Pobre Roberto mío! (exclamó Enriqueta, levantándose con tanta lentitud y tan descompuesta, que parecía un cadáver que adquiriría movimiento). ¿Y no le volveré á ver?

¿Dónde está?... ¡Ay, Dios mío (dijo, cayendo de nuevo falta de fuerzas); todo ha concluido!

Se oyó el ruido de un coche á espaldas del patio. Enriqueta se levantó con rapidez, miró á Thévenin, adivinó lo que pasaba, y, corriendo fuera de la sala, se arrojó al cuello del tío Germán, que entraba gimiendo y sollozando: se mezclaron las lágrimas de estos dos seres tan desgraciados. Enriqueta pidió que pusieran el cuerpo de Roberto en su cuarto. Encendió unos cirios de esos que siempre tienen los aldeanos encendidos durante las tempestades, y pasó toda la noche al lado del cadáver, contemplando su pálida fisonomía y pensando en aquella alma que había volado, en aquel corazón que con tanto vigor latía poco antes, y en el talento que había empleado con tanto ardor en combatir á sus adversarios en bien de la humanidad.

Thévenin acompañó á Enriqueta toda la noche. Al día siguiente fué el entierro de Roberto. Enriqueta le cortó un mechón de pelo de su frente, que dividió con Thévenin. Hasta Montravel, hasta la fosa, siguió Enriqueta al fúnebre convoy, sosteniendo al tío Germán, que, tropezando en las piedras del camino, hubiera caído en tierra sin su apoyo. La fosa estaba abierta en un rincón del cementerio.

La tierra movida esperaba al cadáver. Bajaron el ataúd al mismo tiempo que Enriqueta, mirando al cielo, parecía buscar la imagen de Roberto en el infinito.

—¡Dios mío (decía el tío á Thévenin), cuántos entierros, uno tras de otro!... Estoy maldito y condenado seguramente á seguir y sobrevivir á toda mi familia.

Thévenin meditaba. Al retirarse de allí, se encontró frente á frente con el nombre de René. Su tumba estaba á diez pasos de la de Roberto. Se estremeció.

—¡Se ha salido con la suya hasta después de muerta!—dijo.

Al volver la cabeza, vió á Enriqueta llorando al pie de la sepultura de Roberto. Germán estaba inmóvil, petrificado, mirando á todas partes, pero sin ver nada. Thévenin se le acercó.

—Es el reposo lo que ha encontrado (le dijo). Los desgraciados somos nosotros que le sobrevivimos.

—Y no me queda nada de él,—dijo el anciano, con una tristeza que partía el corazón.

—El recuerdo debe ser vuestro consuelo, como la lucha y el trabajo será el mío.

Enriqueta, que se había levantado, corrió hacia su tío, y dándole el brazo, le dijo con mucha dulzura, y derramando abundantes lágrimas:

—Le volveremos á ver en la mansión de los justos, cuando vayamos allá.

El tiempo pasaba. Pero en la Panouze los días parecían muy largos, y se deslizaban con mucha lentitud en medio de un sepulcral silencio. Parecía que en aquella gran sala desierta, en aquellas sombrías escaleras, en una palabra, en toda aquella morada, estaban velando de continuo á un difunto. Andaban muy despacio, hablaban bajo, y algunas veces se oían sollozos y profundos suspiros, que partían del corazón de sus doloridos moradores. Parecía que el alma y la animación habían huido de aquel recinto para siempre. El tío Germán pasaba los días enteros sentado cerca de la ventana de la sala baja, tratando de leer un libro que colocaba sobre sus rodillas, dejándolo caer al suelo, pues ni se daba cuenta de que tenía el libro, y se quedaba pensativo ó contemplando á través de los cristales el campo, que parecía radiante y alegre con los rayos del sol que recibía, y al cual parecía importarle poco los sufrimientos del que le contemplaba desde su retiro.

Muchas veces tenía que limpiar los cristales de sus gafas, que, empañados y llenos de lágrimas, no le dejaban ver claro. No pronunciaba una palabra, y su imaginación estaba siempre ocupada por una misma idea:

el fin desastroso de su sobrino. Algunas veces daba un paseo por las viñas para distraer su imaginación; pero, en mitad del camino, se encontraba la higuera en que Roberto solía trepar de pequeño, y se quedaba pensativo.... Desde el fatal siniestro, no se le volvió á ver en Montravel. Algunas veces, los aldeanos le traían monedas ó medallas. Les daba las gracias; tomaba las piezas sin mirarlas, y las guardaba en un cajón ó en su bolsillo, sin acordarse de volverlas á mirar.

—¿Y vuestras monedas? (le decía un día Enriqueta.) Creo que las olvidáis.

—Sí (el tío Germán movió la cabeza tristemente). Ya no me entusiasman ni les tengo afición. Tú sabes bien, ó debes de saberlo, que cada siete años cambia el gusto.

Enriqueta se entretenía en coser ó bordar, y se esforzaba en hablar á su tío y en aparentar una tranquilidad que realmente no existía. Cuando se encontraba sola, iba de un lado para otro, sin saber adónde dirigía sus pasos, y siempre se paraba en su cuarto delante de un cofrecito que contenía las cartas del difunto, las que volvía á leer y releer, aunque ya sabía de memoria su contenido, ó bien cogía en sus manos el mechón de cabellos cortados de la frente del muerto, ó permanecía inmóvil delante de la chimenea en que la talla de Ro-

berto estaba marcada. Entonces, olvidando el presente, se empapaba en el pasado y lloraba. Muchas veces el tío Germán, cuando volvía de su simulacro de paseo, la encontraba llorando. Ella volvía la cabeza, pasándose el pañuelo por la cara para secar las lágrimas, y cuando llegaba al lado de su tío, trataba de sonreír y aparentaba estar tranquila; pero á éste no se le escapaba que tenía Enriqueta los ojos enrojecidos de llorar.

El tío Germán no le decía nada, pues no tenía gusto ni para mirarse á sí mismo, y tratando de fingir también para animarla, se frotaba las manos, y preguntaba si la comida estaba dispuesta; pasaba á la cocina, examinaba los guisos como si tuviera gran apetito, y decía: « Á la mesa, á la mesa; tengo ganas de comer ». Se sentaban á la mesa, y ninguno comía, deslizándose de cuando en cuando alguna furtiva lágrima por las mejillas de uno y otro.

Un día, encontrando Enriqueta á su tío muy triste, sentado en un sillón delante de la chimenea, con la mirada fija sobre la plancha de ésta, que hacía muchos años que existía:

— ¡ Ah ! (le dijo.) Apostaría á que sé lo que miráis; miráis la plancha, que está tomada y ya no reluce....

— No, es que no había visto nunca esa pa-

labra grabada sobre la plancha ¡ *Pati!* ¡ Es extraño!

— ¿ Y qué quiere decir esa palabra?— preguntó Enriqueta.

— Nada: está en latín.... No quiere decir nada.

Enriqueta tomó aquella misma tarde un diccionario que encontró entre los viejos libros de su tío, y buscó *Pati*.

« *Pati*: sufrir », leyó en el diccionario.

Sintió que se humedecían sus ojos, y se volvió hacia el retrato de su tío, que parecía mirarla desde aquel sitio. Se acercó, y le besó.

Así pasaban los días. Las noches eran más tristes aún. No dormían apenas. Cuando el viento soplabá muy fuerte, oían el ruido de los árboles que sacudían las paredes, y los ladridos de los perros que, con los sombríos pensamientos que les agitaban, formaban un singular contraste. Enriqueta, que dejaba la lámpara encendida toda la noche, pasaba ésta contando los dibujos del papel de la pared, hasta que el sueño la rendía por algunos momentos, ya al amanecer. El tío Germán no se acostaba muchas veces. Un día cogió á Enriqueta, y, sentándola sobre sus rodillas, siguiendo su costumbre de cuando era pequeña, la dijo con voz suplicante, y mirándola con ternura:

— Vamos, querida Enriqueta; tú parece



que te has despedido del mundo... ¡Ya no piensas en!... (Se detuvo temeroso de hacerla sufrir, y continuó al cabo de un instante): ¿Cuando yo haya dejado de existir, hija mía, qué harás tú? Enriqueta cogió con ambas manos la cabeza de su tío, y depositó un beso en aquella venerable frente. Después, con la sonrisa tranquila de los que saben sufrir sin manifestarlo:

—No digáis eso, querido tío; no mueren las personas tan fácilmente. Cuando tengáis edad para morir de vejez, también seré yo vieja. ¡Pues bien: me dedicaré á enseñar á leer á las niñas! Tú has sido mi tío, me has protegido (dijo, besándole la mano), y yo seré tu tía entonces! ¡No hago más que pagarte con la misma moneda!

El tío Germán movió melancólicamente la cabeza. Veía aún ante sí aquella visión, que, aunque desvanecida, vivía en su corazón: Roberto á su lado, Roberto con su mano sobre la de Enriqueta, y dos ó tres angelitos de rubios cabellos sonriendo al lado del pobre viejo.

Entonces reflexionaba:

—¡Dos seres tan semejantes y dos corazones que mutuamente se amaban hasta el delirio, llegar á ser dichosos, uniéndose, era demasiado pedir!

FIN.

